

## Un ensayo siempre inconcluso

Alberto Supelano\*

Quienes profesan el marxismo están convencidos de que poseen la teoría completa y definitiva de la sociedad capitalista y el instrumento científico para liberar a la clase obrera de los “grilletes que la encadenan”.

Su poder explicativo, en el ámbito de la naturaleza y la economía del capitalismo industrial, aunque limitado, es innegable –sobre todo cuando se lo compara con doctrinas rivales– y algunas de sus percepciones fundamentales han sido incorporadas a diversas corrientes del pensamiento contemporáneo.

En cambio, como ideología científica al servicio de la emancipación de la clase obrera industrial, ha fracasado rotundamente. Sin excepción, todas las revoluciones populares del siglo xx –incluso las que se han hecho en nombre de cualquiera de sus variantes locales– han ocurrido en países de mayoría campesina, donde las instituciones características de una

economía industrial orientada por móviles pecuniarios solo han tenido un desarrollo incipiente: amplia participación ciudadana, justicia económica de tipo competitivo y crecimiento industrial basado en el descubrimiento y la experimentación. En ninguno de ellos existía una clase obrera industrial amplia y diversificada ejercitada en la lucha por obtener los beneficios del sistema industrial, y en todos ellos el poder del Estado descansaba en la tradición, el estatus o la fuerza, no en su adaptación a los valores, actitudes y comportamientos que surgen en sociedades urbanas densas, plurales y cambiantes.

O ironía o evidencia en contra de la razón histórica, el hecho es que en la “época de las revoluciones proletarias” aún no ha ocurrido una sola que se haya enfrentado directamente a las instituciones más características del capitalismo moderno: orientación pecuniaria de la industria; propiedad privada sobre el equipo industrial como medio de control del patrimonio científico y tecnológico de la humanidad; comportamiento adquisitivo,

\* Publicado originalmente en *Cuadernos de Economía*, 10(13), 1989, pp. 79-89.

depredador y emulativo como matriz de las relaciones interpersonales; aceptación velada de cánones de estatus, prestigio y patrimonio como patrón de valoración social, en oposición a los que generan las actividades industriales; cosificación de las relaciones sociales y consumo imitativo como factor integrador. En suma, y para utilizar un lenguaje más categórico, pero menos preciso, la clase obrera guiada por el marxismo no ha hecho una revolución encaminada a organizar la sociedad de tal forma que se supere el supuesto antagonismo estructural entre obreros y capitalistas, o entre aquellas categorías abstractas, respecto de las cuales las clases sociales serían sus equivalentes concretos: valor y plusvalía, salario y capital, trabajo vivo y trabajo cristalizado. El enfrentamiento contra los fundamentos de la civilización capitalista no ha sido el móvil de las revoluciones políticas contemporáneas como sí el de la rebelión de los particularismos: defensa de la identidad de “minorías” étnicas, nacionales o culturales; insubordinación de las mujeres, insatisfacción de los adolescentes, reclamos ecologistas, cultivo de culturas *underground*. La clase obrera ha dejado de ser, si alguna vez lo fue, ese sujeto universal racionalista, síntesis de todas las contradicciones históricas, capaz de superar y resolver todos los antagonismos sociales.

Las revoluciones populares del siglo XX, incluso las que se han hecho en nombre del marxismo, han sido ajenas a su vocación imputada y a su protagonista ideal; en la realidad, y exceptuando ciertas especificidades del movimiento islámico, han estado asociadas con el patriotismo, si no con el nacionalismo, y con temas propios de la institucionalidad capitalista: soberanía nacional; industrialización; adopción de normas jurídicas igualitarias; distribución de la propiedad territorial; eliminación del estatus y la tradición como mecanismo de hegemonía; subordinación de los aparatos militares a las normas de comportamiento civil; absorción de los particularismos culturales, geográficos y culturales; limitación del poder religioso sobre asuntos de carácter terrenal; sustitución de la superstición y el animismo por concepciones antropocéntricas; desplazamientos de los patrones de explicación teológicos y teleológicos por estándares causales, laicos y cuantitativos, etcétera. Temas estos, todos, vinculados a la irrupción de los grupos sociales (por supuesto, no solo de la burguesía) que, durante siglos, fueron minando las instituciones vinculadas a la propiedad territorial: artesanía y comercio a pequeña escala; justificación religiosa de los poderes terrenales y de las jerarquías establecidas; ejercicio del dominio con base en la tradición, el estatus, el vasallaje

y la disponibilidad de ejércitos señoriales y creando una más acorde con la libre contratación y la generalización del comercio: liberación de la tutela divina, uso de los conocimientos científicos y tecnológicos en las actividades industriales; condensación en el dinero de gran parte de las funciones del comportamiento ceremonial; difusión de los valores pecuniarios y ulterior expansión del sistema de crédito.

Ni los temas ni el protagonista. En ningún país del occidente industrial, donde por definición existe el proletariado estructuralmente antagonista del capitalismo, se ha producido una revolución socialista.

¿Por qué no se ha cumplido el ideal marxista? ¿Irrealidad de sus premisas? ¿Debilidades teóricas superables? ¿Carácter incompleto del horizonte teórico? ¿Incapacidad para prever situaciones futuras complejas? ¿Incapacidad para incorporar hechos nuevos? ¿Inmadurez del sujeto histórico revolucionario? ¿Predominio de versiones adulteradas de la verdadera doctrina científica? ¿Malevolencia y astucia de los poderes establecidos? ¿Conspiraciones de fuerzas oscuras, omnisapientes y todopoderosas?

Las preguntas podrían multiplicarse al infinito. No son nuevas. A veces planteadas en forma dramática o sangrienta, no desde los gabinetes

de científicos “burgueses” o desde el destierro de los disidentes. En muchos casos, las respuestas aceptadas han sido meras racionalizaciones; en otros, la diversidad de respuestas posibles ha pasado a formar parte de ese cambio molecular de las instituciones vigentes —en el que participan gentes de distintas tradiciones históricas y culturales— excluido por principio de la perspectiva revolucionaria convencional y difícilmente integrable a cualquier ortodoxia —victoriosa, derrotada marginal—, especialmente si se pretende razón histórica y autoconciencia global de la totalidad histórica, donde el carácter abierto (evolución del cuerpo teórico a partir de la experiencia y la libre discusión y sustitución obligatoria de las viejas verdades) debe subordinarse al doctrinario (profesión de fe o aceptación de cánones de validación basados en la tradición o la autoridad).

La incapacidad para predecir el futuro no es una debilidad de la ciencia. Esta nunca ha tenido esa pretensión —como la superchería y ciertas variantes de la magia o el sacerdocio— y no se la puede criticar por remplazar la futurología por previsiones fundadas en el conocimiento disponible y temporalmente aceptado. En el caso del marxismo, el que no incorpore hechos nuevos, inexistentes en la realidad histórica del fundador, no es necesariamente una carencia de su teoría, sino reto; el

problema sería que, por conservar la pureza original, se impidiera integrarlos en nuevos esquemas explicativos.

Las respuestas a varias de las preguntas anteriores que exhiben matices animistas o escolásticos, al no ser más que racionalizaciones de una historia supuestamente adulterada, caen más en el terreno de la psicología del poder que de la teoría social en sentido amplio y no serán consideradas aquí.

En este ensayo discutiré algunas premisas del sistema teórico original e indicaré algunas circunstancias históricas y fenómenos sociales que impidieron que el marxismo se convirtiera en la cultura predominante del proletariado industrial de Occidente. Digo predominante y no influyente porque su influencia es innegable y ha contribuido a modelar, por pro o por contra, la historia del siglo xx. No me ocuparé de otros aspectos que, en mi opinión, pueden tener una importancia aún mayor, como, por ejemplo, los mecanismos del cambio social, el papel de las culturas locales en la conformación de los sistemas de valores y de actitudes predominantes en cada época histórica o, por qué no decirlo, la imposibilidad de eliminar la historia personal de los individuos y la específica de los pueblos y naciones para sustituirla por una sucesión universal e inevitable de modos de producción.

Trataré de mostrar que, cuando se utilizan las premisas marxistas para

identificar las clases y grupos sociales existentes en una sociedad diversificada moderna, se cae en un reduccionismo económico extremo que impide considerar la complejidad de las motivaciones humanas y las relaciones entre el comportamiento individual y el colectivo y, por tanto, comprender los procesos de transformación social. Al partir de una visión que reduce la evolución histórica al enfrentamiento entre clases sociales polares y antagónicas, por definición tienen que excluirse los individuos y los numerosos grupos, capas y categorías características de las sociedades industriales y, de este modo, su capacidad para crear nuevos valores y formas de vida social.

También, que cuando las instituciones se consideran como excrescencias de las relaciones de producción material, se genera, de modo inevitable, una incomprensión de los mecanismos simbólicos que dan cohesión y continuidad a las sociedades.

Finalmente, sostendré que una consecuencia de lo anterior es la formulación de teorías del Estado abstractas o parciales. Al concebirlo como una entidad separada de la Sociedad (comité de negocios burgués o instrumento específico para el ejercicio de la violencia) o como trasfiguración superestructura de la producción de valores y plusvalía (guardián de las leyes de la acumulación capitalista),

estas teorías no pueden explicar por qué se crean cuerpos de funcionarios con intereses y motivaciones propias, por qué los diversos grupos sociales aceptan reglamentaciones que afectan sus intereses sin acudir a la coerción, y por qué y cómo se modifican los regímenes legales y políticos, incluso en detrimento de los grupos establecidos.

Es claro que estos temas han ocupado, desde hace tiempo y desde ópticas distintas, a diversas corrientes de pensamiento. En lo que concierne al enfoque adoptado en este ensayo, reconozco ciertas similitudes con los institucionalistas y filósofos instrumentalistas norteamericanos y, en el campo marxista, con la investigación –iniciada por Antonio Gramsci– en torno de los temas de la hegemonía. Sin embargo, desde mi punto de vista, esos estudios, y las conclusiones que de ellos se derivan, son apenas un punto de referencia para contrastar con la experiencia, no juicios de autoridad o verdades inmodificables y definitivas; por ello me considero exonerado de elaborar una exposición más formal, apoyada con el uso de citas.

Todo sistema teórico está emparentado con una corriente filosófica; el marxista heredó rasgos hegelianos. Marx no solo tuvo coqueteos platónicos con el lenguaje de Hegel; también abrazó su teleología dialéctica. Tal vez en contra de sus deseos, y a pesar de que la invirtió para llevarla

al terreno materialista, contribuyó a crear una visión donde la historia se concibe como un constante ascenso que culmina en la autoconciencia universal. La evolución social es el resultado del enfrentamiento entre clases contrapuestas por la repartición del producto social; cuando estas resuelven sus antagonismos, se producen nuevas síntesis sociales o relaciones de producción, a las que corresponde una superestructura ideal que refleja y reproduce las nuevas condiciones de apropiación del excedente económico. El final al que se encaminaría la historia sería la sociedad comunista, donde desaparecerían los antagonismos sociales y por fin se alcanzaría la libertad plena, la realización de todas las potencialidades humanas.

Al enfatizar los momentos de ruptura y sustitución de un modo de producción por otro, se pierden de vista los procesos que mantienen y dan continuidad a la vida en común y los mecanismos de adaptación y selección específicos de las comunidades humanas. Al englobarlos en un proceso universal y abstracto de lucha de clases, se pierde de vista la singularidad y especificidad de los cambios históricos, y al asignar una importancia desmedida a los cortos períodos de insubordinación social, se magnifica el papel de la violencia, a la que se concibe simultáneamente como creadora del nuevo orden o principal instrumento para impedir el flujo de la historia.

En la sustitución de un modo de producción por otro, las nuevas fuerzas productivas se materializan en otras clases sociales antagónicas, que se conciben a sí mismas de acuerdo con la nueva superestructura ideal, compatible y funcional para la reproducción de la base material y la extracción del excedente social, plusvalía en la sociedad capitalista. Los vestigios del modo de producción anterior se eliminarían gradualmente: técnicas industriales, clases sociales arcaicas y superestructuras jurídicas y culturales.

Así, las clases sociales, constituidas en la producción de bienes materiales, se convierten en abstracciones conceptuales regidas por una lógica productiva de carácter hedonista. Mediante ese reduccionismo económico extremo, los seres humanos se convierten en simples encarnaciones de una razón dialéctica externa que, en el capitalismo, se desdobra en salario y capital, constreñidos a representar los papeles de un drama escrito y dirigido por la lógica de una acumulación de valores abstractos.

Al remplazarlos por categorías dialécticas universales, hombres y mujeres, individuos de una especie animal conformada a lo largo del complejo proceso de evolución –biológica y más tarde cultural– desaparecen de la escena, junto con todo su legado genético, ambiental, tecnológico y cultural, adquirido y transmitido por las generaciones anteriores. De este

modo, la especie humana –que solo se constituye como tal gracias a ese proceso de causación acumulativa, no orientado por ninguna causa eficiente ni un fin teleológico externo–, con todo un bagaje de animalidad y espiritualidad conformado por influencias dispares de diversas épocas históricas, es sustituida por su representación conceptual encaminada hacia un deber ser externo, dialéctico y racional. Paradójicamente, los proletarios reales –la clase en sí– solo llegarán a tener una existencia verdadera –clase para sí– cuando se conformen de acuerdo con su concepto, esto es, en tanto adquieran la autoconciencia que les es negada por una superestructura astuta y cumplan la finalidad de la evolución histórica: la eliminación del capital y la destrucción de la superestructura ideal correspondiente. No deja de ser irónico que cuando esto suceda el proletariado desaparecerá como actor de la escena histórica, sin apenas vislumbrar el nuevo sujeto en que encarnará la razón histórica.

La previsión marxista de la revolución proletaria es, pues, más una derivación de la dialéctica idealista hegeliana que el resultado de tendencias sociales –aprehendidas científicamente– presentes en la época en que vivió y pensó Marx. Infortunadamente, su pretensión de haber fundado una nueva ciencia –la ciencia del socialismo revolucionario– y su empeño por imponerla como única perspectiva

conceptual válida para los obreros europeos condujo a que sus discípulos se tornaran gradualmente impermeables a otras influencias y corrientes de pensamiento, incluidas las del socialismo no científico, y dieran más énfasis a la interpretación de los escritos miliares que al análisis de sus sociedades con el fin de diseñar la estrategia y táctica adecuadas para asaltar las fortalezas de la burguesía.

En su afán de transformar el mundo —a veces olvidando que también es necesario comprenderlo—, los seguidores de Marx adoptaron y fueron obnubilados por un sistema cerrado que concebía a las demás corrientes de pensamiento como parte de la superestructura de dominación cultural burguesa.

Esta visión fue reforzada por el éxito de la revolución jacobina en Rusia, donde llegó a convertirse en un instrumento de dominación cultural y subyugación política. En nombre de la infalibilidad de la ciencia se legitimó la eliminación de las disidencias que ponían en cuestión los argumentos de autoridad del grupo dirigente ruso y sus seguidores de los países occidentales. Al eliminar toda posibilidad de contrastación y discusión desapasionada se desencadenó un proceso de esterilización mental, reforzado por el terror y los procesos inquisitoriales a la vieja guardia bolchevique; la autoridad del poder reemplazó al poder de la imaginación creativa y gran parte

de los marxistas europeos se convirtieron en meras cajas de resonancia de la ortodoxia rusa. Cuando los juicios de autoridad se imponen sobre los juicios razonados, el pensamiento libre se hace estéril y lo reemplaza la crítica de las armas. La defensa, a cualquier precio, de la patria socialista melló el poder crítico del marxismo occidental y, con ello, se perdió de vista la importancia del análisis de las transformaciones y cambios de las sociedades capitalistas, tanto en el occidente europeo como en el norte de América.

Por mucho tiempo el marxismo fue una doctrina escolástica que justificaba las opciones políticas del grupo ruso y sus secciones de la Internacional europea y no permitía ventilar, en forma abierta y franca, los planteamientos de disidentes, “renegados” y otros “teóricos burgueses” que ponían en evidencia las especificidades irrepetibles de la experiencia rusa.

Ni siquiera, y a pesar de su profunda divergencia con respecto al devenir histórico sugerido por el marxismo, los procesos revolucionarios por la independencia y la industrialización en países sin capitalismo e industria moderna fueron suficientes para desarrollar un amplia y fecunda investigación de las causas del fracaso de la revolución en Occidente y de las condiciones que la hicieron posible donde menos se había esperado.

El marxismo heterodoxo europeo, arrojado a la clandestinidad, solo tuvo influencia local y no llegó a discutir dos temas básicos: uno, la unicidad de la estructura económica del capitalismo moderno y la polaridad biclasista que de ella se deriva; dos, los mecanismos de cohesión social del capitalismo contemporáneo y la concomitante atenuación de los antagonismos estructurales.

La recuperación de la importancia de la discusión crítica, así como la confrontación con la doctrina vigente, solo llegaron a tener amplitud con la desintegración del movimiento comunista, ocasionada por las fisuras que otra revolución marxista –triumfante y en el poder– introdujo en la autoridad de los viejos y antiguos dirigentes: las ideologías del poder no atienden otras razones que las del poder. En mi opinión, la discusión alcanzó momentos de gran rigor conceptual en las rebeliones de Hungría y Checoslovaquia, aplastadas por el ejército ruso, y en el movimiento italiano –que había recibido la benéfica y lúcida influencia de Gramsci– de fines de los años sesenta y mediados de los setenta, desde donde se irradió a grupos minoritarios de intelectuales marxistas de otros países, en algunos de los cuales, como Francia, no dejó de ser una moda pasajera.

La discusión de estos dos temas eventualmente podría tener un fuerte

impacto sobre la cultura marxista. Tal vez podría llevarla a revisar algunas de sus premisas, alejarla de las temáticas escolásticas y abstrusas en que se ha encapsulado por tanto tiempo y revitalizarla con otros puntos de vista que, a pesar de provenir de linajes distintos, no por ello son menos fructíferos y válidos. Quizás así, al recuperar el núcleo de cientificidad que posee, pueda contribuir a la realización de una vocación que le es propia, pero no exclusiva, y de la que por algún tiempo parece haberse distanciado sin apenas percibirlo.

El primer tema remite a la cuestión de las clases sociales en el capitalismo. Para Marx, como ya vimos, estas –obrero y capitalista– se constituyen en la esfera de la producción, a la que concibe como un poderoso troquel que modela la sociedad en su conjunto (cultura, valores, normas jurídicas, etc.). Esta última es, por tanto, atravesada –a todo lo largo y ancho– por un antagonismo básico: la lucha entre trabajo y capital. Todo lo que ocurra, así sea un recuerdo del pasado o un esbozo de vida nueva, no puede escapar a este sino.

Las clases y “superestructuras” anteriores son subsumidas por el capital y gradualmente –aunque de modo definitivo e irreversible– transformadas en obreras o capitalistas; así todo el legado anterior queda reducido a un mero vestigio que se va extinguiendo

en la medida en que se profundizan las relaciones capitalistas de producción. Esta simplificación extrema no es superada por el concepto de formación social. Bajo el capitalismo no existen otros móviles que los de la acumulación, nada queda de todo aquello que regulaba la vida en períodos anteriores, ni comportamiento depredador, ni relaciones de estatus y tradición, ni afán de dominio y poderío, tal vez solo queden rentas como residuo. Como corolario inevitable, nada de ello afecta el comportamiento de los hombres de carne y hueso que viven allí: la ideología del capital es pura e incontaminada, pero falaz, nadie sabe en realidad por qué actúa.

Lo nuevo solo puede provenir de los proletarios agobiados bajo el peso del capital. ¡Paradoja! Requieren una razón ilustrada que conozca el curso de la historia y devele las astucias de la razón burguesa: los misterios del capital y el fetichismo de la mercancía. ¿Cómo no reconocer las huellas de Hegel, el *summum* de la filosofía europea continental de su época? Es curioso que ese erudito que fue Marx no apele a las vertientes filosóficas que contribuyeron a sustituir los patrones teleológicos de explicación por estándares causales, tan ligadas al desarrollo científico que hizo posible la revolución industrial y la creciente aplicación del conocimiento tecnológico en las actividades productivas.

Tal vez le fue imposible prever —porque aún se encontraban en estado seminal— los efectos que este último proceso tendría en la diversificación de labores y operaciones, en la creación de nuevos grupos profesionales y sociales, con sus culturas propias, sus métodos particulares de valoración, su capacidad para influir en la formación de pautas de comportamiento social y desarrollar un conjunto de conocimientos vitales y teóricos que vendrían a ampliar los horizontes humanos y a rivalizar con los cánones pecuniarios de la economía de empresa.

Es evidente que todo ese conjunto de nuevas instituciones está impregnado de motivos pecuniarios: en una economía dineraria y comercial todos participan en transacciones de compraventa, incluso los científicos y los individuos que se oponen a la institucionalidad vigente; de otro modo no podrían sobrevivir y llevar a cabo sus fines autónomos. Sin embargo, y aquí reside el meollo de la cuestión, esos nuevos grupos tienen una existencia real y distinta de la de los obreros industriales y los propietarios fabriles. Aunque tienen vínculos más o menos alejados con la producción, su lugar en la sociedad no se determina de modo unívoco por ellos. También cuentan las atribuciones de estatus que se les asigna. En un sentido amplio, son verdaderas clases sociales: si superamos el reduccionismo económico, un individuo pertenece o llega a pertenecer a

una clase por la forma en que trata a y es tratado por los demás. La sociedad capitalista, como todas las que nos han precedido, deja de ser bipolar para convertirse en una entidad piramidal y jerarquizada. Los antagonismos entre la base y la cima se diluyen en una red de conflictos menores que desembocan en acuerdos y compromisos, cuyo cumplimiento más o menos obligatorio depende del poder de regateo y las costumbres jurídicas.

No se puede olvidar que la negociación es el método inherente al comercio. No se puede ignorar que el sistema jurídico comercial garantiza el cumplimiento de los contratos y que la mayor parte de las desavenencias se solucionan por medio de transacciones pecuniarias, desde las amorosas hasta las provocadas por la guerra: superficialmente, todo se puede solucionar con indemnizaciones en dinero.

No se puede ignorar que con la creación del Estado democrático se permite el acceso de los grupos con poder para incorporar sus demandas en el esquema de derechos aceptados socialmente. Además, es un hecho comprobado que los miembros individuales de sociedades diversificadas participan simultáneamente en diversos grupos con móviles e intereses a veces irreconciliables y que en su comportamiento cotidiano son impelidos a conciliarlos y, por tanto, a efectuar transacciones consigo mismos.

Todo lo anterior conduce inevitablemente a que el comportamiento de individuos y grupos no se rija por un deber ser racionalista e ideal y que en la realidad sea una mezcla de irracionalidad, costumbre y azar. Los imperativos categóricos solo adquieren fuerza y poder compulsivo en circunstancias excepcionales. El antagonismo, como el honor, ha dejado de ser una moneda de uso corriente en una sociedad en que todo, o casi todo –tal vez excepto el amor romántico y las habilidades aprendidas– se compra y se vende. En la sociedad emulativa contemporánea todo se ha vuelto una puja donde siempre se quiere alcanzar algo más, por supuesto, sin perder nada de lo que se ha conseguido con anterioridad. Se teme perder incluso las cadenas.

Con esto llegamos al segundo tema. Las instituciones no marchan al mismo ritmo que las novedades tecnológicas; en una sociedad en continua evolución surgen nuevos grupos y reclamos que al principio ponen en cuestión la institucionalidad vigente –si esta es muy inflexible y poco adaptativa, serán tratados como insurgentes o antisociales, así la defiendan o refuercen–, pero en la medida en que ganen fuerza y reconocimiento social, parte de sus valores y cultura serán integrados a los estándares sociales. En las sociedades de participación eficaz, donde se permite la aparición de poderes compensadores, el imbricado juego de negociaciones se convierte en un

mecanismo muy eficaz de integración social. La sociedad civil se convierte en una amplia red de trincheras que rodea al Estado, la coerción opera de modo excepcional y los mecanismos de la hegemonía pasan a primer plano. En los países que carecen de tales tradiciones, donde los reclamos, valores y cultura de los desheredados y nuevos grupos sociales surgidos de la incipiente o escasa industrialización no han sido incorporados a instituciones viejas, arcaicas y poco funcionales, de hecho casi escleróticas —si se pueden usar estos términos cuando se habla de instituciones—, aquel mecanismo de integración poco puede operar o, por lo menos, no es tan eficaz; la escasa diversificación de la estructura productiva no ha dado lugar a una robusta zona intermedia que diluya los antagonismos entre la base y la cima de la pirámide; el escaso desarrollo autónomo de la ciencia y la tecnología modernas no ha permitido la creación de un sistema de valoraciones que sustituya a los del estatus y la fuerza: los argumentos de autoridad se imponen sobre los de la eficacia. La legalidad comercial es frágil o retórica, su cumplimiento no obliga a todos por igual, las desavenencias se resuelven por la astucia, la fuerza o el soborno. No existen poderes compensadores ni derechos que tengan como contrapartida obligaciones. Aunque existen otros mecanismos de integración, entre ellos el mismo peso de las tradiciones, los antagonismos tienden

a resolverse por la violencia. No es casual que en países con rasgos como los descritos, la guerra interna haya sido un método corriente para obtener el poder estatal por parte de los grupos dirigentes hasta bien entrado el siglo xx: en los países industriales, este recurso solo fue utilizado hasta la última o dos últimas décadas del siglo pasado. Aquí la hegemonía es frágil; la coerción, asunto cotidiano: aunque el poder no proviene de los fusiles —en la época actual no es posible—, no puede pasarse sin ellos. El Estado —así, con mayúscula, como gusta a tantos, incluso a los demócratas— es la fortaleza; la sociedad civil, el cuarto de San Alejo. Nuevas legalidades, incluso de grupos minoritarios arrojados y audaces, pueden ser creadas por la violencia. En países como estos es donde se han producido las revoluciones populares del siglo xx, las guerras anticoloniales y los golpes militares recurrentes.

Paradójicamente, el Estado se torna aparato de seducción. Todos quieren poseerlo. Para fines privados o sociales. Para la democracia o el comunismo o la monarquía. Para hacer la paz o inventar la ciencia o desarrollar la industria o gozar de la poesía o de las mujeres. Para comer con los reyes de España o recibir la bendición del Papa o viajar a China o sufrir de úlcera. Para ser amigo de mis amigos o de mis enemigos. Para salir en las revistas o ir a las paradas militares que me gustaban de cuando chico o para vivir en soledad

los largos años que viven dictadores y expresidentes.

Nada de lo anterior es broma, todo es muy serio. ¿O es al revés? Lo terriblemente serio, ¿no pasa de ser una simple mascarada?

La empresa industrial surgió por fuera del Estado; la democracia surgió en oposición al absolutismo; el razonamiento científico, en contraposición con los argumentos de autoridad; los grupos sociales fecundos nunca han salido de las entrañas del Estado. Por el contrario, cuando son maduros, le impregnan su semilla y modelan su fisonomía; la institución creada por el poder señorial y dinástico fue esculpida y trabajada, de modo cuidadoso, paciente y persistente, durante siglos y a través de generaciones, para adaptarla a una sociedad conformada por la ciencia y el dinero.

Sin propender a una nueva institucionalidad, jamás desaparecerán los rasgos arcaicos del Estado, y mucho menos se podrá lograr su extinción.

## Referencias bibliográficas

Alexander, R. (1987). *Darwinismo y asuntos humanos*. Barcelona: Salvat.

Anderson, P. (1987). Las antinomias de Antonio Gramsci. *Cuadernos Políticos*, 13, 4-57.

Ayres, C. E. (1965). *The theory of economic progress*. Nueva York: Schocken Books.

Dewey, J. (1952). *El hombre y sus problemas*. Buenos Aires: Paidós.

Dewey, J. (1970). *La reconstrucción de la filosofía*. Buenos Aires: Aguilar.

Dewey, J. (1965). *Libertad y cultura*. México, D. F.: Uteha.

Gramsci, A. (1972). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Il Manifesto. (1975). *Tesis de una disidencia comunista*. México, D. F.: Era.

Il Manifesto. (1976). *Da Togliatti alla nuova sinistra*. Roma: Alfani Editore.

Laclau, E. (1981). *Política e ideología en la teoría marxista*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.

Marx, K. (1976). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.

Marx, K. (1968). *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Buenos Aires: Ediciones Nuevas.

Poulantzas, N. (1972). *Poder político y clases sociales*, México, D. F.: Siglo XXI Editores.